

Ares y Mares

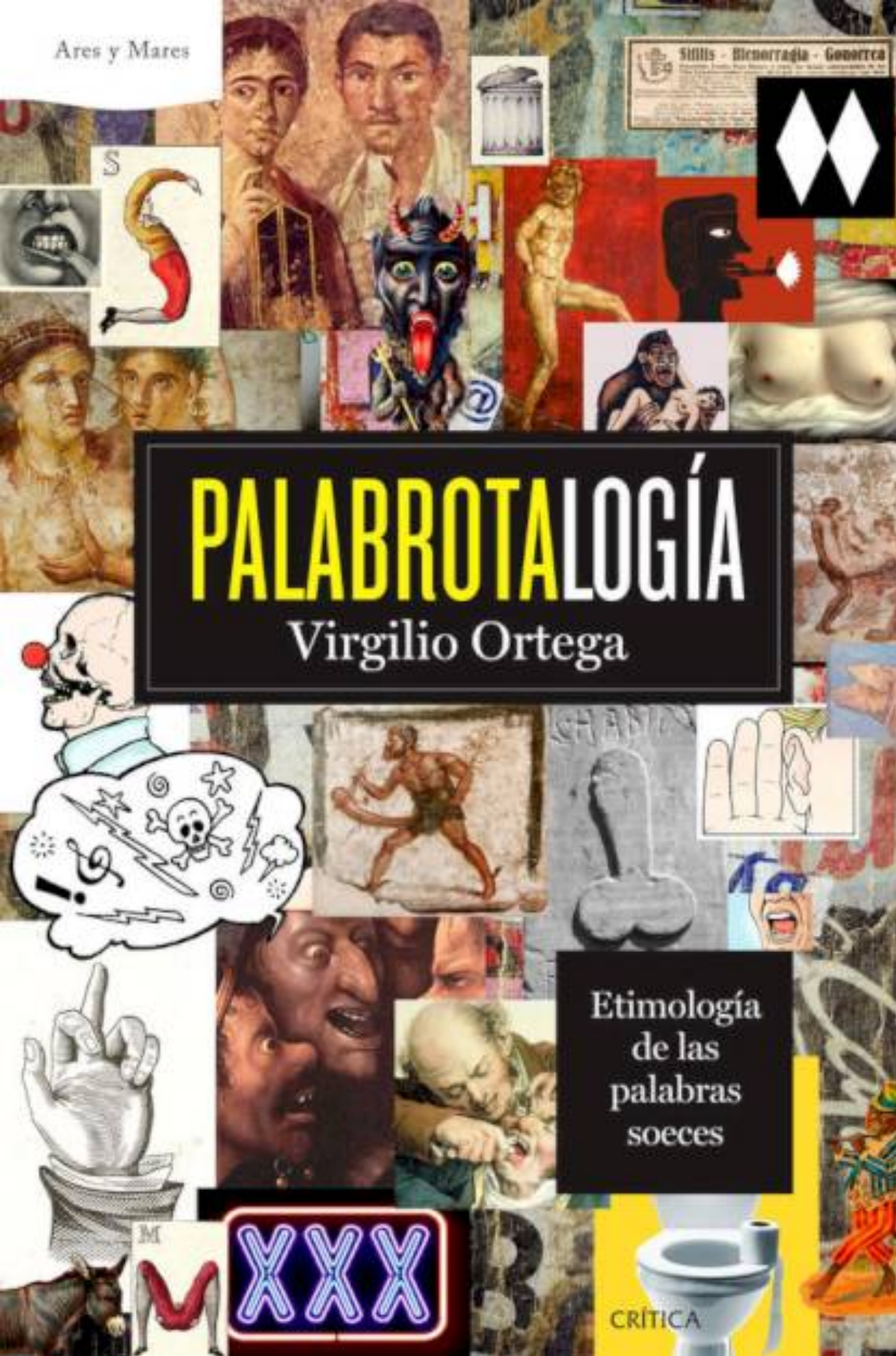
Sifilis - Bacteriología - Gonorrea

PALABROLOGÍA

Virgilio Ortega

Etimología
de las
palabras
soeces

CRÍTICA



Índice

Portada

Cita

Introducción

¿Palabras soeces?

I. En las termas y en las tabernas

Pompeya, año cero

En la encrucijada

En las termas

Por la calle mayor: tabernas y grafitos

En la taberna de Aselina

II. La gran cena

Todo un privilegio: invitado a la casa

La cena de Trimalción

III. En el Gran Lupanar

Celebrando la vida antes que la muerte...

¡A pagar! (Por un extraño servicio)

Amicus certus

IV. Epílogo pompeyano

Pompeya, recuperada

Lecturas recomendadas

Créditos de las imágenes

Agradecimientos

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

«El poeta bueno debe ser casto en su persona,
pero no es necesario que lo sean sus versos.
Pues éstos sólo tienen gracia
si son algo voluptuosos y poco decentes.»

(Catulo, 16)

INTRODUCCIÓN

¿Sabía usted que los romanos tenían más de sesenta formas de decir ‘puta’? ¿No habrá alguna relación entre la palabra ‘fuelle’ y la palabra ‘follar’? ¿Cuántas faltas de ortografía hay en la expresión “¡Por uebos!”? Si a usted la llaman ‘pelleja’, ¿la están insultando o le dicen una palabra etimológicamente afectuosa? ¿Qué tienen que ver el ‘fornicar’ con una prostituta y la ‘hornacina’ donde se pone la estatua de una virgen? ¿De dónde vienen las palabras ‘caca’, ‘culo’ y ‘mierda’? ¿A quién prefiere usted, a un ‘proxeneta’ o a un ‘xenófobo’? ¿Cómo estaría formada anatómicamente, en la antigua Pompeya, una señorita ‘culibonia’? ¿Había pensado usted alguna vez que las bellas ‘orquídeas’ tienen un par de cojones? ¿Sabía que ya en Pompeya se usaba la palabra ‘cunnilingus’ y que a uno lo podían calificar de ‘chupacoños’? ¿Alguien le había contado que la función del ‘clítoris’ la descubrió un tal Colón en el siglo XVI? ¿Cómo se decía —¡porque hacerlo se hacía!— ‘dar por el culo’ en la antigua Roma? ¿Quién cree usted que amamantaría a Rómulo y Remo, los fundadores de Roma: a) una *lupa* de cuatro patas, o b) una *lupa* que trabajaba en algún ‘lupanar’? ¿De dónde nos vienen las palabras ‘carajo’, ‘coño’, ‘rame-ra’, ‘cachondo’, ‘prostíbulo’, ‘teta’, ‘crápula’, ‘masturbación’ y similares?

Perlas como esas catorce son las que mi querido lector —si no se ha asustado ya al leer esas primeras líneas— podrá disfrutar o padecer al leer este libro. ¡Y muchas más!

¿Palabras “buenas” o palabras “malas”?

Las palabras no son ni “buenas” ni “malas”. Sólo son palabras. Y sorprende que, por no se sabe qué incomprensible pudor, los especialistas no hayan estudiado este tipo de vocablos sistemáticamente. ¡Como si fuesen palabras apestadas! Palabras “guarras”. ¿Acaso no son tan interesantes como “las otras”? ¿No lo serán aún más? Para un buen aficionado al origen de las palabras, éstas son tan dignas de estudio como cualquier otra... ¡y mucho más divertidas!

Los libros de lengua deben ser sólo eso: libros de lengua, no libros de moral. Para el aficionado a las palabras, tan palabra es ‘dios’ como el ‘demonio’. En nuestro caso, tan palabra es ‘orinar’ como ‘mear’, y tan palabra es ‘vulva’ como ‘coño’, con un uso aún más extendido de las últimas de cada par que de las primeras. Un diccionario no debe rechazar las palabras malsonantes. Si lo hiciese, sería como si un estudio demográfico no incluyera en la población de un país a los corruptos y chorizos..., o a las putas. ¡Dejarían fuera a buena parte de la población! Sería como si un semáforo dejase pasar sólo a los coches de cilindradas “altas” o de marcas “prestigiosas”. ¿Cómo pasarían los demás? Finalmente, sería como si una enciclopedia de animales sólo incluyese a la bella jirafa o al simpático panda, pero no a la fea aunque necesaria hiena ni a la aguijoneadora pero interesantísima abeja. Deberá incluir a todos, ¿no?

¿Que los especialistas no han estudiado las palabras soeces hasta ahora? ¡Tanto mejor! Los editores de *Crítica* y el autor les agradecemos que nos hayan dejado el campo libre a nosotros. Así podremos aportar una gran novedad editorial. Ya Cela escribió —con gran éxito— un *Diccionario secreto* sobre este tipo de palabras. La pena es que lo dejó inacabado, y sólo se pudo centrar en las palabras de dos series: ‘cojones’ y ‘pito’. En *Palabrotalogía* el autor estudia más de un millar de estos términos (más otro millar de palabras “normales”). Por eso creemos que estamos aportando algo nuevo, algo que otros autores nos han guardado para nosotros durante siglos. ¡Peor para ellos! No saben la satis-

facción que produce trabajar en campos aún no roturados. Nos han reservado a nosotros el placer que debieron de sentir los antiguos exploradores decimonónicos al explorar por primera vez terrenos baldíos e ignotos pero feraces. ¡Gracias por dejarnos libre este campo editorial!

El origen de “esas” palabras

¿Puede molestar a algunos? Sí, seguro; pero el libro divertirá e interesará a muchos más. Este libro no atraerá sólo a los interesados en el origen de las palabras: les interesará a éstos, pero además a muchos otros que nunca habrían abierto un diccionario de etimologías. El abanico se despliega, y el aire fresco llegará a un público más amplio. «Nada hay tan falso —afirma Petronio— como un necio prejuicio de la gente, ni tan insensato como una fingida austeridad.»

¿Hablamos con descaro, con desfachatez? ¡No! No habla el autor: yo dejo que hablen ellos —los hablantes y escritores y grafiteros de hace dos milenios— y sólo recojo sus palabras. Levantamos acta.

Confiamos en que nadie nos ponga por ello en la **pico-ta**, aquel rollo en el que ‘picaban’ la cabeza de los ajusticiados o donde exponían a éstos a escarnio público en la plaza mayor.

Espero no perder (muchos) amigos con este libro. O espero, al menos, compensarlo ganando alguna amiga. Que también a ellas va dedicado.

No quiero que este *libellus* (**librito**, diminutivo de *liber*, **libro**) se convierta en un **libelo**, que también procede de esa misma palabra. En definitiva, **libro** y **libre** sonaban y se escribían igual en latín: *liber*. No es sólo un divertimento (¡demasiadas horas de trabajo para quedarse únicamente en eso!), aunque sea eso también. Pues éste es un libro soez, pero sobre todo es un libro sobre palabras. El que

esas «palabras soeces» del subtítulo las diga el vulgo no implica que su estudio deba ser vulgar. Todo lo contrario: debe ser aún más concienzudo, si cabe.

El asunto del origen de las palabras fascina a mucha gente. Es un tema que divierte y sorprende al público, que además tiene la sensación de aprender y comprender mejor nuestras palabras. Pues bien, el origen de “esas” palabras le resultará aún más atractivo... y, sin duda, más instructivo.

Propósito: para todos los públicos

El autor no es un profesional de las etimologías, ni pretende dar lección alguna a nadie que lo sea. ¡Faltaría más! Los profesionales son los que viven de esa profesión.

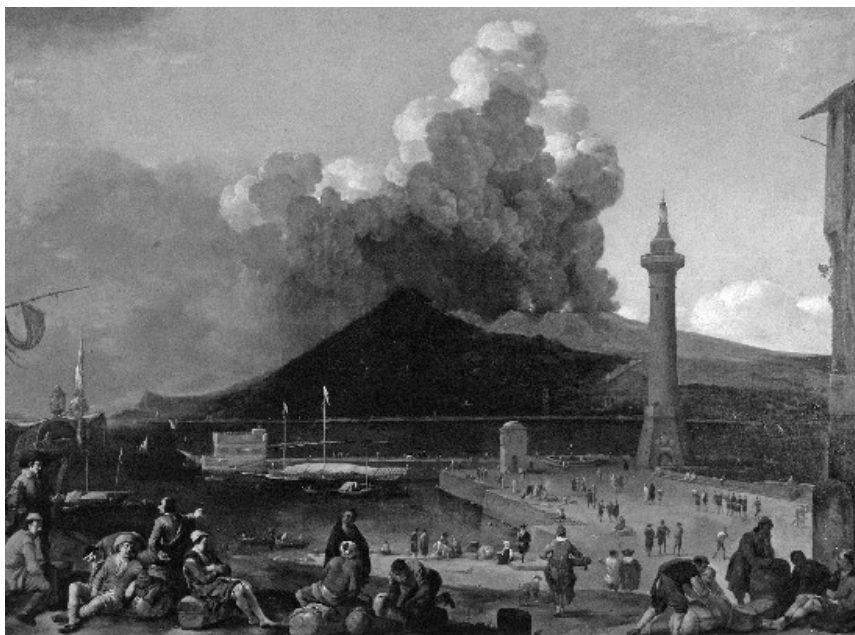


Figura 1.1. *El puerto de Nápoles con el Vesubio en erupción*, según una obra del pintor alemán Johannes Lingelbach (1622-74). La erupción del Vesubio en el año 79 de nuestra era ha conservado no sólo

sus edificios y sus magníficas obras de arte, sino sobre todo algo mucho más importante para nosotros: sus propias palabras, esculpidas en sus piedras, compuestas en sus mosaicos y grafiteadas en sus paredes. Todo un “tesoro de la lengua”, de la suya y de la nuestra.

El libro ni siquiera se dirige a ellos, aunque más de uno —si sólo busca divertirse— podría aprender alguna cosa al leer este libro, digo yo. A quien se dirige es al aficionado a nuestras palabras, al interesado por saber de dónde nos vienen, qué significaban al principio y cómo evolucionaron después. Pero, sobre todo, de las palabras llamadas “soeces”. Es un libro para leer de forma despreocupada, desinhibida, un libro para disfrutar mientras se aprende... y para aprender mientras se disfruta. En definitiva, es la tórrida aventura de un lingüista aficionado que, tras recorrer todo un laberinto erótico por la antigua Pompeya, acaba atrapado entre una pandilla de amigos de ética más que dudosa y varias amigas de vida en absoluto dudosa; a la espera de una catástrofe anunciada. Lea el libro de forma espontánea, dejándose llevar, y diviértase.

El autor es un generalista, no un especialista. O sea, un enciclopedista, que sabe un poco de muchas cosas, frente a un especialista, que lo sabe casi todo... de casi nada. Es cierto que las ciencias avanzan gracias a los especialistas, pero también somos conscientes de que, a menudo, las ciencias sólo llegan a la gente interesada gracias a los buenos divulgadores. ¡Y el libro sólo pretende eso! Difundir entre el lector interesado lo poco o mucho que hoy podamos saber sobre este tema. Esperamos que el buen aficionado a las etimologías aprenda unas cuantas —un par de millares— y se divierta haciéndolo. Incluso que se sorprenda al ver que muchas cosas que aquí se cuentan ¡podría haberlas pensado él! Seguro que a menudo el lector reaccionará con un «¡Ah, claro!» tras descubrir una etimología —o una relación entre varias etimologías—, y seguro que más de una

vez se dirá a sí mismo al ir leyendo el libro: «¡Esto lo tengo que decir en la próxima cena de amigos!». Si es así, nos daremos por satisfechos.

El autor sólo es un aficionado a muchas cosas: a la cultura y las lenguas de Grecia y Roma, a la apasionante civilización del Antiguo Egipto y a los diferentes orígenes de la escritura, a distintas lenguas y literaturas antiguas y modernas, a las cosas de la naturaleza y a todas las artes; ha editado miles de libros... Y ahora ya sólo pretende hacer disfrutar a sus lectores con las cosas que pueda contarles.

Pero lo que tengo más claro es que soy un “aprovechado”: me he ido a la antigua Pompeya, justo antes de que la ciudad quedase congelada en el tiempo, y allí he podido ver las palabras guarras que los pompeyanos habían escrito en las distintas salas de las termas, las obscenidades que habían grabado en las escuelas de gladiadores, los textos procaces que habían compuesto en los mosaicos de los suelos, los juegos de palabras que habían esculpido en los pedestales de las estatuas, las fanfarronadas que habían pintarrajeado en las paredes de las calles, las provocaciones que habían grafitado en los cubículos del lupanar..., todo ello sin nuestro ridículo y castrante pudor. ¡Así cualquiera podría haber escrito este libro, aprovechándose de todo eso! Pero como no lo había hecho nadie, pues lo he hecho yo. Así de simple. ¿Cómo es posible que no lo hubiese escrito antes algún lingüista? La vida de los veinte mil habitantes de Pompeya desapareció, pero sus palabras quedaron. Sólo hay que saber leerlas, para así poder explicar nuestras propias “palabras soeces”. ¡Y es lo que ha hecho el autor!

¿El método? Hemos viajado en el tiempo (pero, tal como mandan los cánones, no hemos intentado modificar los hechos). He llegado a Pompeya en junio del año 79 de nuestra era, justo para recibir en directo la noticia de la muerte del emperador Vespasiano y justo un poco antes del colapso de la ciudad. (Véase Figura 1.1). Y me he hecho

amigo de varios pompeyanos, que me han contado sus ideas y temores, sus deseos y pasiones, sus criterios y sus conductas más habituales. Incluso me han citado frases de sus autores más famosos, las más procaces, claro; me han explicado sus propias palabras diarias más habituales... y, a veces, hasta sus etimologías. Y al ir hablando con ellos —¡y con ellas!— he podido contar lo que he querido; pero, en especial, he dejado que sean ellos mismos quienes digan lo que les haya dado la gana. Sin cortapisas. Y eso nos ha permitido hacer un estudio sincrónico (¿cómo se hablaba el latín en Pompeya en el año 79?), pero también a veces diacrónico (¿cómo han evolucionado desde entonces ciertas palabras hasta acabar en lo que ahora son y significan?).

¿Me he inventado personajes? Sí, claro; pero ya antes he dicho que soy un aprovechado: también me he inspirado en varios personajes creados por los autores de hace dos mil años, que son quienes mejor se conocían a sí mismos. ¿Me he inventado las frases que pongo en boca de esos personajes? Sí, claro, algunas veces sí; pero muy torpe habría sido si no me hubiese aprovechado de las geniales frases que esos autores escribían en sus libros o de las impagables expresiones que los mismos pompeyanos pronunciaban en su vida cotidiana, y que nos han llegado en esa magnífica cinta magnetofónica que son sus propias paredes. Y si decían palabras soeces —¡sí, lo hacían!— pues se lo agradezco: han estado trabajando para mí. Yo sólo soy un simple cronista, un periodista que viaja en el espacio y en el tiempo y que cuenta lo que tiene el privilegio de ver.

Un nuevo género literario

Por otro lado, tanto en este libro como en el anterior parece como si el autor hubiese descubierto un nuevo género literario: el “ensayo novelado”. Y es muy eficaz: le permite

hacer que parezca fácil un tema difícil, conseguir que resulte divertido un asunto de por sí árido, como es el de las etimologías. ¿Es **ensayo**? Sí, claro. ¿Es **novela**? Pues, en cierto modo, también, pues hay personajes y éstos dialogan entre ellos. Pero, siendo ambas cosas, es mucho más: toda una recreación de la vida en la Pompeya del verano del año 79, muy poco antes de la gran catástrofe, con un autor que saca jugo a la permisiva vida de los pompeyanos y a sus palabras guarras, que lee los espontáneos y desinhibidos grafitos de sus paredes y los testimonios de los autores de su época... para escribir un libro actual sobre etimologías de palabras soeces. ¡Y así aprendemos de dónde nos vienen nuestras propias palabras!

Si Petronio escribe su *Satiricón* en *proxi-metrum* (una mezcla de prosa y verso, a veces creando ya una "novela" en prosa pero a veces con fragmentos de puro "verso", «prosías» decía Lorca de Salinas), yo escribo mi libro en forma de "novela-ensayo" (un ensayo escrito al hilo de nuestro viaje-ficción). Él lo ambienta cerca de Pompeya; nosotros vamos directamente a la misma Pompeya. Él en el año 62 de nuestra era; nosotros en el 79, justo antes de la gran erupción, pero aprovechando que sabemos unas cuantas cosas de lo que ha sucedido y se ha escrito desde entonces. Él en primera persona, nosotros también. Él en latín; nosotros en una lengua evolucionada del latín, por lo que podremos estudiar la etimología de muchas de nuestras palabras de origen latino (más algunas procedentes del griego y de algún otro idioma posterior). Él se inventó unos cuantos personajes; nosotros nos hemos inspirado en algunos de los suyos, pero otros los hemos sacado de distintos sitios o los hemos amalgamado como mejor nos haya parecido. Él dice cosas guarras; pero creo que en esto le ganamos, pues a las suyas les hemos añadido otras procedentes de otros autores tan soeces como puedan ser Catulo y Mar-

cial, Ovidio y Juvenal, así como los himnos de los *Priapeos* y todas las palabrotas grafiteadas en las paredes de la Pompeya de la época.

Eso sí, sin acritud. Con mucho humor pero con pocos prejuicios. El humor —y sólo él— nos salva en este tema. Ya el poeta latino Horacio decía: «¿Qué impide decir la verdad con la sonrisa en los labios?». Sin humor, el libro estaría condenado al fracaso. No podríamos publicar en serio un libro sobre temas divertidos: el asunto pide a gritos humor, lo exige. Con sanos sarcasmos y con un deseo enfermizo de divertirnos y de hacer que los lectores se diviertan. Y si además aprenden cosas, pues tanto mejor. Así tal vez les infectará el virus de la pasión por las etimologías... a la espera de un nuevo libro parecido.

Un cóctel chispeante

El libro mezcla varios ingredientes que buscan que el cóctel salga chispeante. En él se intenta dosificar, en las debidas proporciones, tres componentes:

1. ¡Es un libro muy **guarro!** Va de “palabras soeces” y, lógicamente, no puede ser pacato. El protagonista hace un recorrido por la Pompeya obscena: a) acude a las Grandes Termas pompeyanas, famosas por sus pinturas salaces; b) va también al “termopolio” de Aselina (¡incluido el piso de arriba!), donde se hace amigo de una simpática “lingüista”; c) es invitado a una gran cena en la casa de Trimalción (inspirado en el *Satiricón* de Petronio), donde se habla de todo lo habido y por haber; d) pero sobre todo visita el Gran Lupanar de Pompeya, donde describe minuciosamente las diez especialidades de las pupilas del prostíbulo, cinco en el piso de abajo y cinco en el superior, a cada una de las cuales dedica todo un apartado. Con ese plan, ¡cómo va a ser timorato el libro! De todas formas, es respe-

tuoso; no pretende herir la sensibilidad de nadie, al menos de quienes compran el libro: si lo compran, es porque buscan lo que buscan. Y se lo damos. Incluso le animamos a poner ciertas cosas en práctica, pues — como afirma el *Satiricón*, inspirado por esa décima musa que siempre ha sido la Lujuria— «¿quién ignora el amor y las alegrías de Venus? ¿Quién prohíbe a nuestros sentidos inflamarse al calor de la cama? Hasta el sabio Epicuro, es decir, el padre de la verdad, lo ha recomendado positivamente en su doctrina y ha dicho que la vida no tenía otra finalidad».

2. Pero, al mismo tiempo, ¡el libro pretende ser muy **sim-pático**! Confía en estar lleno de humor, de dobles sentidos, con divertidos juegos de palabras. ¡Incluso que se lea a carcajadas, en algunos momentos! Evidentemente, el tema sexual sólo se puede tratar con bastante sarcasmo, con no poca sorna y con muchas sonrisas. Con un tono desenfadado, desde un cierto distanciamiento, sin tomárselo demasiado en serio. Nada dogmático, muy abierto.
3. Y, finalmente, ¡es posible que sea un libro muy **culto**! Al leerlo, más de un lector se podrá preguntar: ¿de dónde habrá sacado el autor tanta información? ¡Cómo “coños” ha conseguido saber todas esas cosas, esas citas, esos textos que usa! ¿Dónde ha encontrado la información sobre los grafitos y los personajes concretos de Pompeya? ¿Habría leído todo esos libros que menciona? ¿Realmente sabe tanto latín como parece?

Pero, claro, no lo olvidemos: el libro trata de un tema serio. Va de **etimologías**. Hasta podría abrumar por la cantidad de información que incluye sobre el tema. ¡Explica cientos y cientos de palabras! Esos tres ingredientes están al servicio de la información. Hacen que lo que podría ser pesado se vuelva accesible, que lo duro y abstruso pase a ser divertido, que lo guarro sea aceptable. Pero sin olvidar

que el tema que cementa todo es la información sobre las etimologías, la cual constituye el asunto verdadero del libro.

Y, en concreto, el lenguaje coloquial, tan frecuente en nuestros jóvenes y en nosotros mismos. ¿Qué tendrán que ver la gazmoñería y la pudibundez con el estudio científico de las palabras? ¿Qué el lenguaje que nuestra falsa moral supone que sea "políticamente correcto" con el estudio desprejuiciado de nuestras palabras coloquiales, a menudo mucho más frecuentes que las supuestamente "correctas"? Y mucho más arraigadas en nuestra gran literatura, desde *La Celestina*, el *Lazarillo* o *La Lozana andaluza*, pasando por nuestra literatura picaresca o algunas novelas ejemplares de Cervantes ¡y culminando en Quevedo! Cela, por supuesto, lo decía mucho mejor, cuando constataba que «la pudibundez española es un fenómeno tan reciente como disímil de nuestra originaria idiosincrasia».

Invitación

El poeta francés Paul Valéry afirmó que «un poema no se termina, se abandona». Y lo mismo pasa con un libro. ¿O quizá es al revés? ¿No será el libro el que, cansado de seguir en las manos del obsesivo autor, abandona a éste porque quiere ir ya al encuentro del lector? Pues con él les dejo.

En definitiva, por mucho que alargásemos el texto, éste nunca sería completo, ni en lo que se refiere al latín ni en el castellano. ¡Tanta es la riqueza en ambas lenguas que sería estúpido pretenderlo! Mejor un libro corto, pero legible, que un mamotreto infumable de infinitas páginas. Además, como decía Calímaco (que de libros sabía un poco: fue él quien ordenó y catalogó en 120 volúmenes la famosa Biblioteca de Alejandría), «un libro extenso es un gran mal». Así que no lo alarguemos innecesariamente, porque: 1) si el